

PENUMBRAS

Inés esperaba en la puerta de su casa, sentada en la acera, a la sombra de una maleta tan grande como el largo mes que esperaba pasar en casa de su padre. Con la mano sobre la cara para taparse del sol, miraba hacia la esquina por donde debía aparecer el coche. Los minutos se derretían a los casi cuarenta grados que debían hacer y las chicharras sonaban tan fuertes que la chica casi no podía oír sus pensamientos.

—Espero que no se haya olvidado, sería gracioso —susurró.

Miró la pantalla del móvil, apenas visible por la claridad cegadora del día. Más de media hora de espera, pensó, aunque no estaba segura de si debía llamarlo aún. Unos minutos después, vio girar al Mercedes en la curva, justo cuando se disponía a marcar el número de teléfono. El todoterreno se detuvo delante de ella.

—Tenía ganas de verte —dijo su padre al bajarse del coche.

La abrazó. Ella titubeó unos segundos, rígida, hasta que le devolvió el gesto.

—Yo también, papá.

—Estás muy blanca, ¿tomas el sol?

—No he ido mucho a la playa todavía.

—Te pasas el día en casa, ¡hay que salir! A veces pareces una señora mayor.

La chica ignoró el comentario. Unas veces era el color de su piel, otras el peso que había cogido o lo poco femenina que se vestía. Estaba acostumbrada, pero siempre esperaba que aquella fuese la primera vez en que su impresión fuera positiva.

En el asiento trasero iba Marco, el hermano pequeño de Inés, que miraba absorto un libro grande, de tapas duras, con el sistema solar en la portada.

—¿Cómo estás, enano? —dijo Inés cuando abrió la puerta del copiloto y zarandeó las piernas del chiquillo por detrás del asiento.

—Bien —dijo el niño sin ganas y sin levantar la vista de la lectura.

Inés y su padre entraron en el coche. Qué alivio el fresco del aire acondicionado que se activó al arrancar de nuevo el motor.

—Se le está quedando un poco pequeña la silla ya, ¿no?

—Como siga creciendo así, no sé qué voy a hacer. Tiene seis años con la talla de un niño de ocho —contestó el padre—. Pero para lo poco que lo veo y lo caras que están las sillitas de niño, esta vamos a usarla hasta que no quede más remedio, ¿verdad, campeón? —miró al chaval a través del espejo retrovisor.

—Hmm... —asintió el niño.

—¡Pero bueno! ¡Vamos, cuéntale a tu hermana lo bien que te ha ido en el cole!

—Sí, me ha ido muy bien. He sacado buenas notas.

—¿Ah, sí? —dijo la chica, luego susurró a su padre— ¿Tienen notas a esa edad? —levantó la voz de nuevo— ¿Cuál ha sido la clase que más te ha gustado?

—Le ha gustado mucho ir al planetario, ¿verdad, Marco? Va allí todas las semanas y está aprendiendo mucho sobre los planetas, el Sol, las galaxias, igual tenemos un astrofísico en la familia de aquí a unos años.

El niño asintió con la cabeza.

—Bueno y a ti, ¿qué tal te han ido los exámenes?

—Bien, todavía no tengo las notas de todos, pero, con suerte, solo tendré una para septiembre.

—Estupendo. De todas formas —rió con sorna—, yo qué te voy a decir, si tardé casi doce años en sacarme Medicina. Eso es lo que tienes que hacer tú también, disfrutar, que esa época no vuelve, Inés, hazme caso.

El coche enfiló la salida de la autovía. Quedaban unas diez horas de coche que, al ritmo de conducción de Víctor, podían quedarse en ocho hasta que llegaran a Bilbao, donde vivía en los últimos años. Aprovecharon el viaje para ponerse al día. Hacía meses que no se veían y tampoco solían hablar por teléfono. Víctor miró por el espejo retrovisor, desde donde controlaba al niño.

—Ha caído como un tronco —dijo.

—Ya —contestó Inés mirando hacia atrás—. Viéndolo de tanto en tanto, al final me costará reconocerlo. ¿Qué tal las cosas con Mar?

—Estoy hasta las narices. Va a convertir al niño en un incapaz como siga mimándolo así. Mira que, incluso estando juntos, le dije que debía relajarse. Ahora es casi peor. De todas formas no es el momento de hablar de eso aquí, que hay ropa tendida. Hay una cosa que quiero contarte —dijo cambiando de tema—. ¿Te acuerdas del grado que estaba haciendo Mariela?

—Si, claro, de química.

Víctor asintió con la cabeza.

—Ha tenido un accidente. Le saltó ácido a la cara y no sabemos cómo se recuperará. Estuvo semanas en el hospital, le hicieron un injerto de piel de otras partes del cuerpo, pero la cirugía plástica tiene unos límites.

—Qué me dices. Qué horror —Inés se tapó la boca. Tenía la incómoda e inapropiada manía de sonreír cuando le daban una mala noticia. Era un impulso, no lo podía controlar y siempre le había dado muchos problemas—. ¿Ella cómo está? —recuperó el control sobre su expresión. Su padre, que miraba la carretera, no se percató.

—No ha perdido la vista, pero el cuello y la mejilla han sufrido mucho. El ácido es complicado de parar.

—Me imagino. ¿Y de ánimo?

Víctor resopló.

—Si te soy sincero, fatal. Esto pasó hace dos meses y salió del hospital hace un mes y medio, más o menos. No quería preocuparte, pero teniendo en cuenta que vais a pasar en casa un mes tú y tu hermano, pensé que lo más sensato sería contártelo para prepararte.

—¿Prepararme?

—Tú eres joven y quizá no lo entiendas todavía. Cuando éramos adolescentes, Mariela era

un año mayor que yo, pero iba a mi instituto. Era la típica chica que tenía detrás a todos los chavales del pueblo. Guapísima, estilosa y muy atractiva. Y lo es, o lo seguía siendo, al menos —carraspeó—. Ahora no quiere ir al pueblo, le aterra que la vean así. No quiere hablar, no quiere salir, está todo el día encerrada en la habitación. No se ducha. Y lo peor de todo, no me deja ayudarla. Es un ambiente un poco pastoso. Sobre todo para vosotros.

Inés suspiró.

—Papá, yo tengo ya veinte años, no es un problema. Quizá Marco sí pueda notarlo, tienes razón.

Inés pensó en su hermano y se acordó de ella misma a los seis años, viajando en verano a ver a su padre durante todo un mes. Qué interminables eran aquellos meses lejos de su casa, de sus amigos y su familia. Un mes con alguien a quien llamaba papá, pero que, en el fondo, no era más que un desconocido a quien por alguna razón debía afecto.

—Además —continuó Víctor mientras reforzaba el comentario de su hija al tender la mano hacia ella—, tengo a Mar llamando al niño todos los días. Qué va a decir si se entera de que está en un entorno así. Es capaz de ir a Bilbao y llevárselo de vuelta ella misma.

—Anda ya, no digas eso. De todas formas, si tan mal está la cosa, ¿por qué no le dices a Mariela que se vaya con sus padres?

—Sus padres están en el pueblo y ya te he dicho que no quiere ni oír mencionar esa posibilidad —contestó Víctor con un toque de impaciencia en la voz.

—¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Aguantando el tirón, intentando ser paciente, ayudarla, animarla. Le sugerí ir a terapia, pero se negó en redondo.

—En ese caso, poco más puedes hacer. No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado.

—Apuesto una cena a que si tú perdieras media cara, te gustaría que alguien se quedara a tu lado.

Inés se revolvió, preocupada porque su padre pensara que era cruel, pero el hombre cortó el reproche y puso un dedo sobre la boca, en señal de silencio, mientras con gestos indicaba que el niño estaba con los ojos abiertos.

—¿Has dormido bien? —preguntó Víctor.

Inés miraba por la ventana mientras su padre y su hermano parloteaban sobre la atmósfera de Júpiter. Iba a ser verdad que había nacido un superdotado en la familia, al fin su padre tendría el hijo genio que siempre había ansiado. No es que a Inés la considerara tonta, pero había escogido una carrera de letras, de mujeres, como decía su padre, y nunca fue lo brillante que Víctor esperaba.

Ella conocía el camino y podía encontrar el ritmo en el paisaje. En unos metros, vería más allá de la curva esa colina pelada rematada por un único pino inmenso que siempre le llamó tanto la atención. Después, vendrían las hileras de olmos. Justo al verlas sabía que notaría el vértigo de un pequeño badén y que recordaría la canción del gusano en la tripa, que sonaba en los viajes cuando era niña. También sabía que en unos minutos, a su izquierda, vería la estación de servicio del sentido contrario, donde hacía solo unos años su padre le dijo que sacara sus maletas y se bajara del coche, que llamara a su madre para que la recogiera, que él estaba aburrido de soportarla y no quería verla más durante aquel verano. De pronto, una sensación de inseguridad se le cogió al estómago. Otra vez recordó la canción del gusano en

la tripa, pero ese tipo de vértigo nunca se sabía cuándo iba a terminar. A veces se preguntaba si alguna vez lo dejó de sentir o solo era su mente enseñada a distraerse.

Víctor puso su mano sobre el muslo de Inés.

—Estás abstraída, ¿qué te pasa?

—Nada, papá, pensaba. ¿Has visto últimamente alguna película interesante? —dijo mientras intentaba sonreír y cambiar de tema en su pensamiento.

Víctor tenía una colección inmensa de películas y cada mes compraba cuatro o cinco ofertas para verlas en el proyector de casa. Ella recordaba el día en que instalaron la pantalla, el proyector y los altavoces. Su padre puso el principio de *Salvar al soldado Ryan* para probar el juguete nuevo.

—No es que me entusiasme esta película, pero para poner a prueba este bicho es ideal. Un cinco punto uno, ya verás, vas a alucinar.

En realidad, Inés podía contar los viajes a Bilbao en películas y libros. Allí fue donde se enamoró de la elegancia de Sorrentino, de la prosa hiriente de Kundera y el perfeccionismo de Fincher. Una noche, su padre preparó un ron cola para ella y una ginebra con tónica para él antes de encender el proyector.

—Te he comprado Zacapa, el mejor ron que podrás probar a este lado del Atlántico. Es una lástima mezclarlo, la verdad —decía mientras cortaba una rodaja de naranja y pelaba otro trozo para pasar la piel con fuerza por el borde de la copa—. Si haces esto con la cáscara, estarás saboreando la naranja antes de que el líquido te toque los labios. —vertió el ron sobre los hielos, luego el refresco—. Toma, pruébalo.

Inés se tomó su tiempo para disfrutar de los olores primero y luego de los sabores.

—Riquísimo —dijo ella, sorprendida.

—A partir de ahora, las copas las prepararás tú. La práctica hace al maestro y a mí no me hace falta practicar más—. Víctor se tumbó en uno de los sofás del salón mientras sonreía—. Para esta noche, tengo una película nueva que quiero que veas, me pica la curiosidad por saber tu opinión. *Stockholm*, ¿la has visto?

Inés negó con la cabeza.

—La encontré por casualidad, es de un director novel. Con esta ganó premios en el Festival de Málaga. Me llamó la atención porque leí que la habían financiado con dinero del público así que habrá tenido un muy bajo presupuesto. Estuve a esto —dijo juntando los dedos índice y pulgar— de quitarla varias veces porque durante los primeros veinte minutos no comprendía nada de lo que estaba viendo.

—Me la estás vendiendo bien, desde luego.

—Pues menos mal que no lo hice. Se llama *Stockholm* porque trata de un secuestro, pero al principio no entendí. Pero es que, claro, es un secuestro mental.

Inés se rió.

—Espero que no me hayas destripado el final.

Hora y media después terminó la película. Como siempre, Víctor encendió entonces una luz suave en el salón.

—Sorprendente es, eso está claro —dijo Inés.

Su padre sonrió, satisfecho.

—Me gustan las películas que después permiten un debate sobre ella. Es muy curioso cómo el director consigue hablar a la misma vez sobre una noche cualquiera, en la que dos personas se conocen y se gustan, algo que nos ha pasado a todos, y a la vez construir una metáfora sobre una relación entera. Cómo las personas cambian como el día y la noche. ¿No te parece?

Por supuesto, aquella noche Víctor le había enseñado a Inés otra de las películas que incluiría más tarde en su lista de favoritas. Siempre su padre, con la habilidad para descubrirle el mundo y aterrorizarla por el mismo motivo.

La noche caía sobre la carretera. Inés tenía sueño y el vaivén del coche la convertía en un bebé mecido por el traqueteo del carrito, pero se esforzó por no dormirse. La función del copiloto es que el conductor no se duerma, decía siempre Víctor.

Horas más tarde, bien entrada la madrugada, abrieron la puerta del piso que se encontraba en pleno centro de Bilbao, con sumo cuidado para no molestar a Mariela. Sin embargo, al entrar vieron luz en el salón. A los pocos segundos salió la mujer a recibirles.

Inés, que siempre olvidaba que su cara era todo lo sincera que se podía ser, recibió un codazo de su padre en la espalda. Mariela tenía el cuello y parte de la mejilla derecha vendados e Inés no pudo evitar pensar en las momias de los dibujos animados, con media cara verde al descubierto. Sin embargo, su sorpresa no se debió a la mala apariencia de la mujer, muy al contrario, tanta había sido la insistencia de su padre en lo espantoso de la situación que su aspecto le pareció incluso bueno.

—¡Este niño, qué grande está! —dijo Mariela mientras aupaba del suelo a Marco, demasiado dormido para reaccionar—. Y tú, Inés, qué guapa, estás más rubia, ¿no? Te queda precioso ese color.

—Gracias —respondió—. Tú tampoco estás tan mal, te juro que te veo estupenda para saber que hace unas semanas te pusiste hasta arriba de ácido.

Inés pretendía con eso explicar su expresión al entrar, que no era sorpresa mala, sino buena, pero lo que consiguió fue pasarse de frenada, como de costumbre.

La mujer se quedó muy quieta y de pronto el suelo debajo de los pies de Inés se convirtió en cáscaras de huevo. El estallido en carcajadas de Mariela relajó a la chica, aunque quizá fueran demasiado escandalosas para ser espontáneas.

—Tendréis ganas de dormir, vamos a llevar las cosas a vuestra habitación y os acostáis. ¿Queréis un vaso de leche antes?

—Sí, por favor —dijo Inés—. Pero ya lo hago yo, no te preocupes.

—¡Qué va! Anda, anda, déjate. Id a cambiaros de ropa y en cinco minutos os lo llevo.

Los dos hermanos fueron a su cuarto, acompañados por el arrastre de maletas. Al entrar, Inés pensó en lo extraño de tener una habitación en una casa en la que solo pasaba unas semanas al año. Las paredes tan blancas y dos camas individuales, separadas por una mesilla de noche, era todo lo que había en ella. Nada suyo, ni de Marco, la impersonalidad absoluta.

—Vamos, enano, te ayudo a sacar tus cosas.

Mariela apareció con dos tazas humeantes en sus manos cuando Inés terminaba de poner el pijama a su hermano.

—Gracias, de verdad —dijo Inés.

—A vosotros por venir. Tu padre lleva semanas hablando de las ganas que tenía de veros.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Ahora a dormir, que mañana tendréis mil planes y debéis descansar. Son casi las cuatro de la mañana.

Mariela abrió la cama a los dos y los arropó cuando ya estaban acostados. En cuanto terminaron de beber la leche, apagó la luz.

—Dulces sueños —dijo mientras entornaba la puerta.

El agotamiento envolvió a Inés como un manto pesado. Antes de perder la consciencia, ruidos de discusión llegaron a sus oídos como si vinieran de otra dimensión, pero, para entonces, le resultaba muy difícil distinguir la realidad del sueño.

Inés despertó sobresaltada cuando escuchó cerrarse la puerta de entrada a la casa. Por la luz que entraba a la habitación desde el pasillo, todavía no había amanecido, así que se dio la vuelta para dormir un rato más. Entonces notó que Marco no estaba en su cama.

Adormilada, salió de la habitación y encontró la casa, que normalmente era todo lo soleada que se podía ser en Bilbao, sumida en la penumbra. Sin embargo, sí podía ver cómo a través de las juntas de las persianas se colaban líneas de luz que lo dibujaban todo a rayas.

—Buenos días, preciosa. ¿Has dormido bien? —la pregunta de Mariela la asustó, por un momento pensó que estaba sola.

—Sí, creo que sí. ¿Qué hora es? —preguntó extrañada.

—Casi las dos de la tarde. ¿Quieres desayunar o prefieres comer?

—Vaya, entraba tan poca luz por la puerta que pensé que era tempranísimo. ¿Dónde han ido mi padre y mi hermano?

—Han salido al parque, no sé si volverán para comer, pero podemos preparar algo. Las persianas están cerradas porque no puede darme la luz del sol, pero, si te molesta, no te preocupes, puedo irme a la habitación y abres aquí en el salón.

Claro, no había caído en eso. Mariela, que debía llevar meses sin recibir la luz del sol, notó su cara de angustia al pensarlo e hizo un gesto con el brazo, quitándole importancia al tema.

—Ya iré a la playa el próximo verano. Vamos a ver qué encontramos para comer.

La nevera y la despensa estaban vacías, sólo quedaban cervezas, una lata de aceitunas abierta, y pan de molde. La mujer no hacía más que abrir y cerrar puertas y cajones, en una búsqueda inútil.

—La verdad es que, como tu padre no está casi nunca aquí y yo como poco, no hay mucha cosa —confesó Mariela avergonzada.

—No pasa nada, bajo al súper y traigo lo que me digas.

Víctor y Marco no volvieron a casa hasta bien entrada la tarde.

—Quien se duerme se pierde la vida —dijo el hombre a Inés cuando le preguntó qué

habían hecho.

—Podrías haberme despertado, hubiera ido con vosotros.

—Despertarte es tu responsabilidad, no la mía.

—Ya, pero estaba la casa tan oscura que pensé que era mucho más temprano.

—Eso no te impide ponerte el despertador. Pero, bueno, Marco y yo hemos ido a las barracas que ponen por fiestas, así que no hemos tenido tiempo para echarte de menos, ¿a que no? —preguntó Víctor al niño guiñándole un ojo—. A la próxima, ya sabes, espabílate.

Inés no quería entrar en conflicto y sabía que el tono de su padre era una advertencia. Si no te comportas como espero que lo hagas, no serás digna de mi compañía, lo sentía decir.

—He hablado con Sergio, mi amigo de Pamplona, y dice que no hay problema en que vayamos a pasar allí unos días por Sanfermines. Nos espera mañana. A Marco y a mí. Y también a ti si eres lo suficientemente responsable como para levantarte.

Inés asintió con la cabeza.

—¿Y Mariela? Habrá que dejarle la nevera llena.

—Pues ya que lo dices tú, venga, baja ya que en media hora cierran la tienda —contestó Víctor.

Cuando volvió Inés, cargada de bolsas de la compra, escuchó la discusión desde el descansillo. Abrió la puerta, recelosa, y entró en la casa.

—Esta mujer es como un grano en el culo —escuchó que gritaba su padre.

—¿Qué pasa? —preguntó Inés dejando las bolsas en el suelo de la cocina, donde discutían su padre y su novia.

—Tienes que entenderla, Víctor, está lejos y si el niño le ha dicho que...

—La madre de tu hermano —dijo como si aquella frase lo explicara todo—. Termina de hablar con el niño por teléfono y al minuto me envía un mensaje diciéndome que Marco le ha contado que pasa frío por las noches. ¡Que le ponga calcetines! Lo que está haciendo es convertir al niño en un friolero, en un blandengue. Sobreprotegiéndolo constantemente. Viene Marco aquí, que es el único sitio donde se salva de su histeria, y también quiere meter la zarpa. ¡Estamos en julio, por el amor de Dios!

Mariela le pidió con gestos que bajara la voz, que Marco estaba en el salón y podía escucharles.

—El niño ya tiene edad para saber que si sigue tras las faldas de su madre acabará por ser un débil, un inútil.

—Víctor, el niño no tiene edad para oír hablar así de su madre —dijo Mariela conteniendo la respiración.

—Eso lo dices porque tú tienes una relación perfecta con tus hijos y puedes permitirte ir dando lecciones a la gente, ¿verdad?

—A ver, un poco de calma, por favor —dijo Inés, que era consciente de estar entrando en terreno de guerra—. No sé, papá, en mi caso —alzó las manos en señal de desconocimiento— la mayoría de veces la diferencia entre pasar o no pasar frío en la cama es ponerme calcetines. Es posible que a Marco le pase lo mismo.

—Mira, Inés, sinceramente lo que tú tengas que decir me importa entre poco y una mierda. Y, para que lo sepas, eso te pasa porque tu madre y tu abuela siempre han hecho lo mismo contigo. Ponerte calcetines y entrenarte para sacarme de quicio. Solo llevas dos días aquí, no quieras que me arrepienta.

Inés sintió cómo se le subía toda la sangre a la cara y hacía presión contra las venas de las sienas. ¿Por qué tenía tan poco autocontrol cuando discutía con su padre?

—Papá ya tengo los años suficientes como para discernir cuál es mi opinión y cuál es la de los demás —enfaticó las sílabas en un intento de que bajar la velocidad también impidiera salir a las palabras de su boca—. Me parece muy ofensivo que siempre me trates como si no tuviera ideas propias.

—En ese caso, demuestra que las tienes y deja de comportarte como una marioneta. ¿Me vas a decir tú a mí, que soy médico, cómo tengo que abrigar a mi hijo? Estás vacía, me aburre hablar contigo.

Inés recibió eso como una puñalada en el estómago. Un estómago que ya no era el suyo porque podía verse desde fuera, a sí misma y a su padre.

—Si tanto te aburre hablar conmigo, quizá sea porque no has invertido el tiempo suficiente en hacer de mí una persona interesante.

—Tienes el dudoso don de decir las cosas de la forma más hiriente posible. Vete de aquí ahora mismo, no quiero verte en un rato. Y me plantearé si será sólo un rato.

Inés salió de la cocina y fue a su habitación mientras apretaba los puños y clavaba sus uñas en las palmas de las manos. Cerró con un portazo que pudo haber desconchado la pintura de la pared, pero no miró para comprobarlo. De todas formas, las lágrimas la habían cegado por completo. Se tiró en la cama, enterró la cara en la almohada y gritó. Para entonces era incapaz de recordar cómo empezó la discusión, cómo llegaron a esas palabras. No se podía seguir el hilo conductor de una conversación que no tenía sentido, porque era como intentar recomponer una madeja cortada por la mitad a tijera. Intentó reconstruir en su mente la sucesión de frases, pero no podía. Como en los sueños, que se escapan por los lados de la memoria con cada segundo que pasa después de haber despertado. Como si la ira se llevara consigo los recuerdos a cada respiración profunda con la que intentaba calmar el ataque de ansiedad que le daba cada vez que discutía con su padre.

No tendría que haber ido allí, tan lejos de su propia casa, donde sí se sentía segura. Esta vez será diferente, pensaba siempre. Esta vez mi padre me verá a mí y entenderá que mi único conflicto con él es no entender por qué no me quiere como dicen que los padres quieren a sus hijos. Por qué no soy capaz de ganarme su respeto. Por qué le he dicho que no es un buen padre. Por qué él tiene razón al decir que soy hiriente si solo intento defenderme del dolor. Por qué le ataco si solo quiero que me vea. Por qué iba a quererme, si solo abro la boca para demostrar que no lo merezco.

—Ni se te ocurra defenderla si no quieres seguir su camino —escuchó a su padre decirle a Mariela.

Si hubo una respuesta, no la escuchó. Al final, del puro agotamiento que le provocó la ansiedad, acabó por dormirse.

Al despertar estaba desorientada, no sabía bien qué había ocurrido, solo que tenía un vacío incómodo en el pecho. Su hermano dormía en la cama de al lado, ni siquiera lo había sentido acostarse.

Con cautela, salió de la habitación y fue a la cocina, a hacerse un café. Su padre estaba allí.

—Inés, ¿puedo hablar contigo un momento? Marco y yo nos vamos —dijo sin esperar respuesta—. Tú puedes venir si quieres, con la condición de que aceptes que ayer estabas buscando conflicto de una forma deliberada.

Tenía muchas dudas de lo que había pasado el día anterior, pero de eso sí que estaba segura. No había buscado conflicto. No, al menos, en un principio.

—No estaba buscando conflicto de forma deliberada, papá. Al contrario, quería poner un poco de tranquilidad.

Quizá, siguiendo con un tono relajado, él decidiría entender que ambos se habían atacado, pero ese no era el objetivo que tenía ella cuando se inmiscuyó en la conversación.

—De verdad —añadió Inés—, te prometo que cuando tengo un poco de frío al dormir, si me pongo calcetines se me quita.

Tenía la cara hinchada de haber llorado la noche anterior y una sed inmensa. Cualquiera diría que no había más agua en su cuerpo, pero las lágrimas volvieron a aparecer de todas formas cuando se escuchó a sí misma mencionar el tema por el que había empezado la discusión. Se sintió ridícula.

—Por favor, papá, vamos a dejarlo. Vayamos los tres a Pamplona y pasémoslo bien. Nos vemos muy poco para estar así —sollozó.

—No vas a aceptar lo que es obvio, por lo que veo. Te encanta discutir, estabas buscando bronca y eres consciente, pero tu orgullo es de hierro —Víctor miró detrás de la chica, por donde había aparecido Marco restregándose los ojos llenos de legañas—. Venga, Marco, desayuna, que vamos a hacer tu maleta ¡y nos vamos! Verás, vas a hacer un montón de amigos. Estarán todos los sobrinos de Sergio, ¿te acuerdas de ellos?

—No voy a aceptar eso —dijo Inés—, porque eso sería convertir en realidad algo que luego vas a utilizar en mi contra toda la vida. ¿Me equivoco? Igual que hiciste con la muerte de la abuela. Hasta que no admita que murió por mi culpa, no pararás.

—Culpa, no, Inés. Responsabilidad. Y sí, algún día admitirás tu parte de responsabilidad en la muerte de tu abuela.

—Quieres que admita como mía una responsabilidad que, de ser de alguien, es tuya. Piensa por un momento por qué, en vez de aceptar que simplemente murió porque ya era su hora, pasas el tiempo buscando culpables.

Víctor la miró y le sonrió, burlón.

No les volvió a dirigir ni la palabra ni la mirada ni a ella ni a Mariela. Como si la casa se hubiera dividido en dos, padre e hijo prepararon sus bolsas y ellas quedaron excluidas de todo plan hasta que el silencio recuperó la casa al cerrar la puerta tras de sí. Las dos lo sintieron como un alivio, pero ninguna lo dijo.

Aunque Mariela siempre había sido muy cariñosa e Inés tenía cierto afecto por la novia de su padre, nunca habían sido muy cercanas. A Inés le molestaba la lealtad ciega que la mujer tenía hacia Víctor, como si fuera una deslealtad hacia ella misma. El día anterior había sido la primera vez que Inés había visto a Mariela discutirle algo a su padre y, en el fondo, entendía a la perfección la decisión de evitar conflictos que hasta entonces parecía haber tomado. Por suerte, tampoco tenían que hablar mucho si no querían. La obligación de tener las persianas bajadas era una excusa perfecta para dedicarse a hacer maratones de películas, y así fueron

pasando los días.

—No creo que tu padre vuelva pronto, Inés —dijo Mariela, que veía a la chica mirar hacia la puerta de la casa cada vez con más frecuencia—. Estos meses no está mucho por aquí y ahora con el niño, seguro que aprovecha para irse a la casa de la playa.

—¿Cómo que no ha estado mucho por aquí?

—Bueno, ya sabes, los fines de semana que no tiene que ir a ver a tu hermano los aprovecha para irse de viaje. No tiene edad para seguir haciendo guardias en el hospital y está agotado, pero la pensión que os pasa a los dos es demasiado si no las hiciera. Cualquier excusa es buena para despejarse.

La perspectiva de no tener que escuchar una llave entrando en la cerradura tranquilizó a Inés, pero le resultaba extraño pensar en que Mariela hubiera podido estar sola las últimas semanas. Cualquier excusa era buena para despejarse.

Una tarde, cuando el sol ya estaba bajo, Mariela entró en el salón vestida con una sudadera tres tallas más grande que ella, con la capucha puesta, una gorra encima y un paraguas en la mano.

—Inés, vuelvo en un rato, tengo cita con el psicólogo. Es aquí al lado.

—¿Quieres que te acompañe?

—No te preocupes, a esta hora casi no hay sol, voy por la sombra y cubierta. Es un ir y volver.

Inés se quedó en casa y preparó la cena para cuando Mariela regresara. En los últimos días había reflexionado sobre lo terrible que era tanta oscuridad, y eso que ella solo llevaba allí dos semanas. Desde luego, tener ese ambiente de tensión durante más de dos meses añadido a la falta de luz, debía tener destrozada la mente de Mariela. En la penumbra es fácil encontrar el camino a los fantasmas, ella lo sabía de sobra.

Cuando Mariela volvió, Inés había abierto todas las ventanas y corría un agradable fresco nocturno.

—La luz de la luna no puede hacerte daño.

Mariela sonrió.

—Se me había olvidado lo bonito que se ve el parque desde aquí —contestó al mirar al otro lado de la calle—. Siempre pensé que en esta casa sobrarían los cuadros porque las ventanas ya lo parecen.

—Es verdad, nunca lo había pensado.

Las dos se sentaron a cenar mientras disfrutaban del aire renovado. Inés, sin embargo, no estaba tranquila. Agitaba la pierna por debajo de la mesa y, al tercer suspiro, Mariela preguntó.

—¿Está todo bien?

—¿Esto ha sido siempre así, Mariela?

—¿El qué, cariño?

—Este ambiente con él, no sé, sus arrebatos.

—¿Tu padre? Está muy sobrepasado por todo. El dinero que gasta en vosotros, las horas de

coche que hace para ir a ver al niño, el trabajo. Creo que desde mi accidente ha empeorado un poco. Quizá ha sumado una responsabilidad a la presión que ya tenía. Pero bueno, tú no te preocupes. Seguro que cuando vuelva, se le habrá pasado. Contigo estará bien enseguida.

Inés esbozó una sonrisa sarcástica.

—Él estará sobrepasado, pero no tiene que estar encerrado para que no le dé la luz del sol porque un ácido le ha abrasado la cara.

Mariela se removió en su silla, incómoda.

—Joder, lo siento. Pero es que —resopló y tiró los cubiertos en el plato cerrando los puños para contener la rabia— me parece increíble. ¿Sabes que me dijo que no querías ir a terapia?

—¿A qué te refieres?

—En el viaje me contó que estabas desquiciada desde el accidente, que te negabas a ir a terapia, que no aceptabas su ayuda, que era imposible tratar contigo. Y, a no ser que seas una psicópata y hayas estado dando vueltas a la manzana, acabo de verte ir con mis propios ojos.

—Bueno, me imagino que a veces no habré sido una persona fácil.

—Es lógico, pero eso no explica que me dijera que no estás yendo a terapia.

—¿Estás segura de eso? ¿No lo habrás malentendido?

—Yo ya no estoy segura de casi nada a estas alturas —gimió Inés—. Pero de esto sí, te lo juro. ¿Y eso de que se va los fines de semana y te deja sola?

—No tendría que haberte dicho nada —se lamentó Mariela.

—¿Te dice que le haces la vida imposible, que no te soporta y que le aburres? Me suena.

—A ver, Inés. Tu padre lleva desapareciendo durante días desde el accidente, eso es verdad. Y también te digo que sé perfectamente que hay otras mujeres. No soy tonta, deja caer el nombre de otras chicas que no conozco en conversaciones. Llevamos casi siete años juntos, conozco a todas las mujeres de su vida que debería conocer.

—¿No le dices nada?

—¿Qué le voy a decir? Ya sabes cómo es, es un hombre que necesita a una mujer que le siga y yo estoy aquí casi impedida, no puedo ni salir a la calle. ¿Qué voy a reprocharle?

—No digas estupideces.

Aquello estaba empezando a convertirse más en una discusión que en un consuelo.

—Óyeme bien —dijo Mariela muy seria—. No necesito añadir a mi vida otra persona que me haga sentir imbécil.

Inés se levantó de la mesa y empezó a caminar de un lado a otro hasta que se apoyó en el respaldo de la silla, con la mirada fija en la mujer.

—Tienes toda la razón y lo siento. No pienso que seas tonta, ni muchísimo menos. Lo que creo es que piensas que nadie más se fijará en ti después del accidente y estás aguantando que un puto maltratador te tenga encerrada y convencida de que no puedes aspirar a nada mejor.

Mariela rompió a llorar. Inés se acercó a ella y se sentó a su lado, cogiéndola de las manos.

—Está alterando tu realidad —dijo Inés y buscó una referencia conocida para ella— ¿Te acuerdas de cuando me culpó de la muerte de mi abuela? ¿Lo recuerdas?

Mariela asintió sin dejar de llorar.

—Bien —Inés suavizó el tono y puso una de sus manos en el hombro de la mujer, que estaba hecha un ovillo sobre sí misma—. ¿Te acuerdas de que me dijo que hasta que no aceptara mi responsabilidad —dijo haciendo hincapié en la última palabra— en su muerte, no me pagaría un billete de avión? ¿Te acuerdas de que no fui al funeral porque pretendía que me pasara doce horas de autobús, significando eso aceptar que yo había matado a mi abuela? ¿Sabes que desde entonces no me ha comprado un billete de avión para verlo? ¿Que prefiere gastarse el triple de dinero en trenes con tal de que yo de mi brazo a torcer y me convierta en una asesina?

—Ya —suspiró Mariela entre hipos—. Eso fue muy fuerte. Intenté hablarlo con él, pero acababa de perder a su madre y entendí que estuviera mal. Además, ya sabes que es muy difícil llevarle la contraria.

—Pues últimamente te he visto intentarlo con ganas —dijo Inés con una sonrisa.

Añadirle ese toque de humor pareció calmar a Mariela. Intentar reír mientras lloraba la hizo reír de verdad.

—Lo que no es comprensible es que cinco años después de aquello, siga castigándome —continuó Inés—. Si hubiera sido un arrebato, no sería así. Es algo que hemos hablado y sigue exigiéndome que acepte mi responsabilidad en ese hecho, la última vez fue hace solo unos días. Una vez le dije que aceptar la responsabilidad era lo mismo que aceptar la culpa. Por supuesto, la palabra culpa le pareció demasiado evidente y me dijo que no. Pero, en el fondo, él funciona así. ¿Cómo vas a decirle a una niña de quince años que su abuela ha muerto porque no le prestó atención? ¿Tú crees que si yo hubiese dado la voz de alarma mi abuela se hubiera salvado? Allí había una señora que la cuidaba, él mismo había estado esa mañana en la casa y yo lo escuché —dijo Inés señalándose el pecho— decirle a su madre que estaba exagerando. Si él, que tan médico es, o la señora que la cuidaba no le dieron importancia, ¿cómo iba a dársela yo? La ingresaron al día siguiente ¿Tanta diferencia habría si la hubieran ingresado esa misma tarde? ¿Me estás diciendo que ahora mi abuela estaría aquí, sentada a la mesa, cenando con nosotras?

—No, claro que no.

—¿Por qué no ves entonces —Inés alzó la barbilla de Mariela para buscar su mirada— que te está haciendo responsable de que te trate como si fueras una basura? Es incapaz de asumir que utiliza a todo el mundo para que cargue con las responsabilidades que debería llevar él encima. Si no te quiere ya, por lo que sea, que te deje. Pero en ningún caso es responsabilidad tuya. Tengas una cara preciosa, ochenta años o cuatro piernas.

—A veces —dijo Mariela secándose las lágrimas con la servilleta—, pienso que el accidente que he tenido le ha venido bien. Antes, al menos, le gustaba físicamente. Ahora está seguro de que no le intereso, a veces incluso le sorprende mirándome como cansado de que esté aquí.

—Yo también conozco esa mirada —suspiró Inés—. Mira, Mariela, sabes que mi fuerte no es ser delicada. De verdad siento mi forma de expresarme, pero lo que yo veo aquí es a él preparando a todos los que le rodean para que entiendan que va a dejarte. Hasta yo le dije que si no te dejabas ayudar no era responsabilidad suya —Mariela enarcó una ceja en una pregunta silenciosa—. Nadie entendería que después de un accidente como el tuyo te dejara. Todos lo verían como un desalmado, como alguien cruel. No puede permitirse eso, así que te convierte en la causante de su desprecio ante los demás. Y por lo que veo, también ante ti

misma.

—Puede que tengas razón —Mariela respiró profundamente, se enderezó y asintió.

—Escúchame. Mañana haremos las maletas las dos. Yo te ayudaré en lo que haga falta, pero esta será la última noche que duermas aquí, tienes que prometérmelo. Si no te vas ahora conmigo, te enfrentarás a la situación de que sea él quien te eche de su casa. Tú tienes más dignidad que eso. Estoy segura de que solo estoy diciendo en voz alta algo que tú ya has pensado muchas veces.

Se quedaron en silencio unos minutos, mientras se agarraban de la mano. Entonces, Mariela dijo:

—Pero, si me voy, te echará la culpa. No puede relacionarte con mi marcha. Será muy fácil para él llegar a esa conclusión.

Inés sonrió.

—Quizá también sea mi momento. Yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí. Así las dos dejamos atrás a alguien que, nos quiera o no, lo que es seguro es que no nos quiere bien.

Horas más tarde, Mariela llevaba en dos maletas los siete años de relación que había pasado allí. Inés encontró curioso lo poco que tenía en aquella casa en la que había vivido tanto tiempo; ni siquiera en los buenos momentos pudo hacer de ese su hogar. Así había estado siempre en la cuerda floja, amenazada con la posibilidad de verse desterrada de su propia vida.

Estaba todo recogido, las luces apagadas, las ventanas cerradas y, claro, las persianas bajadas.

—¿Llevas todo, seguro? —preguntó Inés—. Cuando cierre la puerta, la llave estará dentro de la casa. Si olvidamos algo no podremos recuperarlo.

Mariela asintió y se metió en el ascensor con prisas, incómoda, aunque su expresión era la más relajada que había tenido en las últimas semanas.

Inés dio un tirón y la puerta se cerró. Su mano se quedó en el picaporte, mientras ella la observaba como si no le perteneciera. Pensaba en lo extraño que era salir de esa casa y dejar dentro todo aquello que era una mitad de sí misma; en lo difícil que sería sacar de su interior a su padre, en el que a veces veía más un reflejo que a un enemigo.

—Vámonos a casa.